

Luis Antonio de Villena, *Mamá*, Madrid, Cabaret Voltaire, 2018, 239 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.%i.%Y.LXXI-LXXIII>

Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951) es uno de los más importantes poetas de su generación, denominada, no sin discusión, la de los Novísimos. Aunque él no apareciera en la famosa antología de Castellet (era imposible, pues no había publicado nada aún), se convirtió pronto en uno de los más reconocidos poetas de esa juventud poética española. También es brillante ensayista, destacado prosista y articulista, y un fino crítico literario que durante muchas décadas ha señalado la mejor joven poesía siguiente, en numerosas antologías de su factura.

Ahora, “casi entrando en la senectud” (pág. 224), nos ofrece este libro extraño, que él mismo afirma saber que lo es, que es extraño en sí mismo y que lo es en el ya largo trayecto de su obra; un libro cuya creación viene propiciada por el desastre personal que entraña la muerte de su madre: “¿Quién me guarda? ¿Quién vela por mí?” (pág. 226) y que escribe el naufrago de la vida que se siente, desde su soledad huérfana: “La soledad de un huérfano. ¿De un naufrago?” (pág. 226). El libro, así, resulta una especie de sesión psicoanalítica (porque hay reajuste de piezas, con el amor materno, con la dependencia filial), y donde Villena habla con su madre, consigo mismo, con sus lectores; donde hace hablar a su madre a través de sus recuerdos, con la imprecisión de la caprichosa memoria en el recordar. ¡Habla, memoria! No es lo mismo el dato del diario que la veleidosa memoria y los vericuetos de su elección.

Desde el punto de vista del género literario, este libro permite a los críticos teorizar sobre la mixtura de los géneros. En este caso, en el ámbito de los libros de memorias, de biografías, de diarios. *Mamá* no es nada de eso y tiene algo de todo ello: “Desde luego no es mera memoria ni menos una cabal biografía de mi madre”, dice Villena en el epílogo (pág. 239). También hay que hablar de la polifonía de voces íntimas. Las voces se mezclan y se intersectan: “recalcaste: ¿Cómo podría yo hacer algo que te dañara?” (pág. 36). Es la voz de la madre, que nos llega a través del recuerdo del hijo, único testigo de la conversación. Mientras, él sigue en conversación, confesión (monólogo en realidad) con Mamá: “Había (hubo) muchas sombras entre nosotros, ardientes sombras y un amor a veces loco y desmedido.” (págs. 36-37). Y nos habla también en primera persona, a nosotros sus lectores: “acaso era el amor que sentía por mi madre (nada sexual) lo que me impedía

cualquier otro amor masculino.” (pág. 38). Se me ocurre que este libro habría hecho las delicias teóricas del recién desaparecido autor de *Figures*, Gérard Genette.

Mamá es un libro atrevido, desinhibido, muy de desvelamiento de intimidades de diván, pero esto no puede extrañarnos en Luis Antonio de Villena. Él desde siempre ha ofrecido una estrecha relación entre su obra de creación y su vida. Con una brillante y tranquila sinceridad. La sinceridad poética por sus preferencias eróticas desde muy joven —él ha hecho la primera poesía gay con altura en España— despertó admiración por su valentía entre otros poetas gais, grandes poetas, de generaciones anteriores, como Vicente Aleixandre, Francisco Brines o Jaime Gil de Biedma. Solo en la referencia más cercana de atrevimiento y sinceridad se encuentra Luis Cernuda.

En la primera novela que publicó Villena, *Ante el espejo* (1982), el adolescente solitario protagonista tiene mucho del adolescente que él fuera. Un libro singular, como *Los días de la noche* (2005), es un libro de memorias en torno a los poemas de *Hymnica*. Es memoria, pero parcial, en cuanto que son historias, momentos vividos que en su intensidad configuraron los poemas. En el conjunto de su poesía, *Asuntos de delirio* (1996) inicia una intensificación de veracidad, y de afirmación explícita de esa veracidad, con la que Luis Antonio de Villena nos obliga a reconocer la intimidad del poeta que hay en todas sus máscaras de siempre, así como en los territorios nuevos por los que transita. El gran ejemplo es *Las herejías privadas* (2001). Una reseña no es lugar para entrar en los problemas del yo lírico.

En los últimos tiempos Villena nos ha ofrecido una amplia panoplia de libros de memorias. Ya lo era, en gran parte y más allá del ensayo, *Lúcidos bordes de abismo: memoria personal de los Panero* (2014), en torno a la vida de esta familia de poetas y escritores que él conoció y frecuentó tanto. Luego vinieron los dos volúmenes de sus memorias (que no diarios): *El fin de los palacios de invierno (Recuerdos de infancia y primera juventud. 1951-1973)*, publicado en 2015, y *Dorados días de sol y noche (1974-1996)*, en 2017. Pero no es *Mamá*. En *Mamá* tenemos incluso una nueva escritura, en la que Villena se hace más sobrio. No encontramos las brillanteces poéticas de las memorias, las relucientes frases que pueden ser parte de un poema. Aquí renuncia, en beneficio de esa prosa íntima, callada de fognazos de hermosura, casi pretendidamente teresiana, pues parece pedírsele la intimidad de este extraño libro, con sus partes de oración, con sus repeticiones obsesivas y sobre todo para decir el desamparo, que, para no perder un ápice de su intensidad, no quiere hacer concesiones lingüísticas a la belleza del siempre Villena.

Mamá es, por todo lo dicho, un libro singular, que sin duda ofrece, en su singularidad genérica, materia de estudio a los teóricos de la literatura, pero también en su singular descarnamiento (igualmente inhabitual en España, tan ajena a diarios como los de André Gide o Julien Green, por poner ejemplos cercanos, tras los Pirineos) un ejemplo único en la literatura española. Su lectura nos lleva de un comienzo más anecdótico a un final intenso, donde se nos narra, con necesario impudor, el momento de la elección del morir, la muerte serena de mamá y la tranquilidad (“Me alentó tanta conformidad en lo tranquilo”, pág. 220) del hijo “sereno [...] porque todo había salido según los planes que ella misma había ideado” (pág. 223), pero también leemos el duelo y la soledad del huérfano, al que no le gusta el mundo, pese al arte y la belleza, en el que se siente totalmente desprotegido tras la ausencia de Mamá.

DAVID PUJANTE
Universidad de Valladolid
david@fyl.uva.es